

Número 1544 • Noviembre 1 de 2025

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala



oSoles

ESPECIAL
De MISTERIO
Y TERROR

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990



DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL

Daisy Zamora

Óscar Flores López

Guillermo Acuña

Vladimir Baiza

Rudy Gomez

REFERENTES

Argentina Marta Miranda

Colombia Omar Ortiz

Cuba Verónica Alemán

Dominicana Leonardo Nin

Estados Unidos Juana M. Ramos

Francia Carlos Ábreo

Italia Rocío Bolaños

Panamá Consuelo Tomás

Paraguay Norma Flores Allende

Uruguay Gustavo Wojciechowski

COLABORADORES ESPECIALIZADOS

Carlos Cañas Dinarte

Isaías Mata

Alberto Pocasangre

Kike Zepeda

Marel Alfaro

Javier Fuentes Vargas

Francisco Alejandro Méndez

Luis Galdámez

Gaetano Longo

Rafael Paz Narváez

ESPECIAL DE MISTERIO

Y TERROR

Agradecimientos especiales

a CARLOS CAÑAS DINARTE,

curador de la muestra narrativa

centroamericana

y a ÓSCAR SOLES, ilustrador

de este número.

PALABRAS

AL RESCATE DE LOS OLVIDADOS

Abrazar a los difuntos

La frontera entre octubre y noviembre es una zona de poderosa carga energética en el planeta. En estas fechas las almas de los difuntos aprovechan una ranura entre dimensiones para irradiar de nuevo en este plano, donde la mayoría mal vivimos. Según la antiquísima tradición, el uno de noviembre son los infantes quienes retornan con sus sonrisas siempre frescas, y el dos toca el turno a los mayores. ¿Por qué no lo hacen todos al mismo tiempo? Al parecer se debe a una torpe costumbre de no mezclar lo puro con lo pagano, regla que jamás ha servido más que para ocasionar dolores inútiles.

Existe una creencia más separatista que dedica un día para los que murieron ahogados, otro para los que murieron violentamente, incluso uno para las mascotas, que vuelven para escuchar las mesiánicas órdenes de sus dueños.

La gente aviva estas ocasiones con rezos, penitencias, comidas, bebidas, canciones, desfiles, enflores y más. Para ellos y para sus muertos. Un día de fiesta.

Pero muchos no son recordados de la misma manera: **los desaparecidos**. Tanto los que se perdieron en ríos y desiertos como los que en El Salvador y otros lugares del mundo son torturados y asesinados por los nuevos criminales de la era de la inteligencia artificial.

¿Cómo rezarles o llevarles una ofrenda si no se sabe donde están, vivos o muertos? Sin embargo, son los que más se lloran, los que más se sufren. En El Salvador ya ni se sabe cuántos son, persisten en el corazón de sus pa-

rientes y amigos que los extrañan y los buscan. Son condenados, almas exhaustas que sufren cada día, a toda hora, con la fe torturada y la luz enturbiada. Para ellos no es suficiente un día en su nombre, debe procurarse una campaña permanente de búsqueda, de acompañamiento, para que vuelvan a este plano, para que se reúnan en el hogar de donde los secuestraron.

Lo de hoy

Seis cuentos de misterio, terror y leyenda. Seis autores del istmo. Seis escrituras que no se marchitan, pese a venir de otros siglos y otros paisajes, de otras costumbres y otros valores. Aquí están, gracias al empeño de nuestro valioso colaborador **Carlos Cañas Dinarte**, a quien Centroamérica le debe no un reconocimiento, sino el apoyo necesario para que los frutos de sus estudios e investigaciones sigan iluminando la grandeza de nuestro pasado y de vez en cuando desbaratando mentiras, obscenidades y maldades que cometan los que gobernan exclusivamente para sus familias y allegados. De igual manera se sumó a la consecución de estas páginas el pincel mágico de **Óscar Soles**, artista plástico salvadoreño que no dudó en ilustrar cada narración con auténtica devoción. Gratitud infinita para ambos.

La última palabra

Es el momento oportuno para acicalar uno de los versos que más enardecen mi espíritu: “Tanto amor y no poder nada contra la muerte”. Palabras inmortales de César Vallejo. ☀

Nuestro correo:

administracion@revistaculturaltresmil.org

3 de la cripta y más allá • CARLOS CAÑAS DINARTE

4 El muro • ALFREDO CARDONA PEÑA

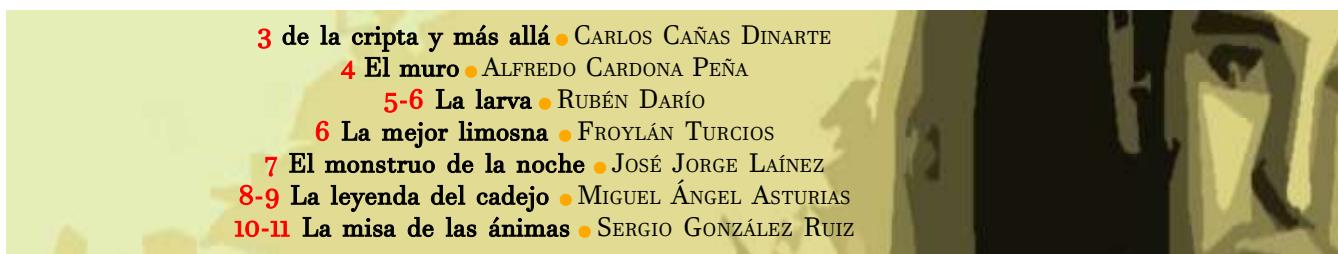
5-6 La larva • RUBÉN DARÍO

6 La mejor limosna • FROYLÁN TURCIOS

7 El monstruo de la noche • JOSÉ JORGE LAÍNEZ

8-9 La leyenda del cadejo • MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

10-11 La misa de las ánimas • SERGIO GONZÁLEZ RUIZ





ESPECIAL DE MISTERIO

DE LA Cripta Y MÁS ALLÁ

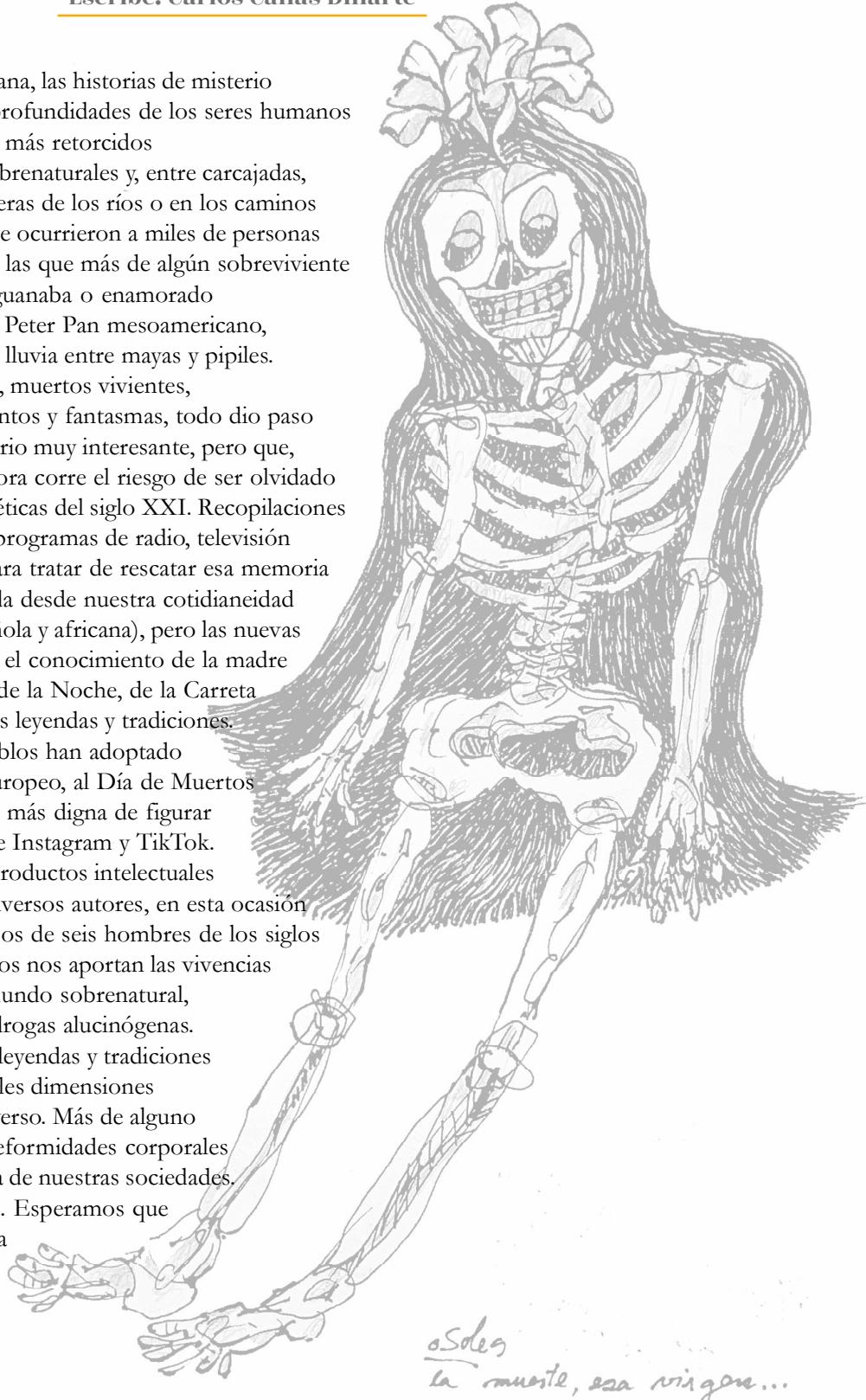
Escribe: Carlos Cañas Dinarte

En la región centroamericana, las historias de misterio y terror surgieron de las profundidades de los seres humanos y de la noche. Los deseos más retorcidos se mezclaron con seres sobrenaturales y, entre carcajadas, se manifestaron en las riberas de los ríos o en los caminos rurales, en «pasadas» que le ocurrieron a miles de personas a lo largo de los siglos, de las que más de algún sobreviviente quedó «jugado» por la Siguanaba o enamorado por el deforme Cipitío, el Peter Pan mesoamericano, nieto de Tláloc, amo de la lluvia entre mayas y pipiles. Casas embrujadas, ánimas, muertos vivientes, seres sobrenaturales, espantos y fantasmas, todo dio paso a un panteón y a un bestiario muy interesante, pero que, por su naturaleza oral, ahora corre el riesgo de ser olvidado por las tecnologías ciberneticas del siglo XXI. Recopilaciones y antologías se unieron a programas de radio, televisión y producciones de cine para tratar de rescatar esa memoria de misterio y terror surgida desde nuestra cotidaneidad tricultural (indígena, española y africana), pero las nuevas generaciones han perdido el conocimiento de la madre de Cipitío, del Justo Juez de la Noche, de la Carreta Chillona y de muchas otras leyendas y tradiciones.

En su lugar, nuestros pueblos han adoptado al Halloween de origen europeo, al Día de Muertos mexicano y a la Calabiuza más digna de figurar en las tomas mediáticas de Instagram y TikTok. De las enormes listas de productos intelectuales creados en el istmo por diversos autores, en esta ocasión hemos escogido los trabajos de seis hombres de los siglos XIX y XX. Algunos de ellos nos aportan las vivencias del modernismo con el mundo sobrenatural, el misticismo y el uso de drogas alucinógenas.

Otros se sumergen en las leyendas y tradiciones para evidenciar esas posibles dimensiones alternativas a nuestro universo. Más de alguno lleva el terror desde las deformidades corporales hasta la violencia cotidiana de nuestras sociedades.

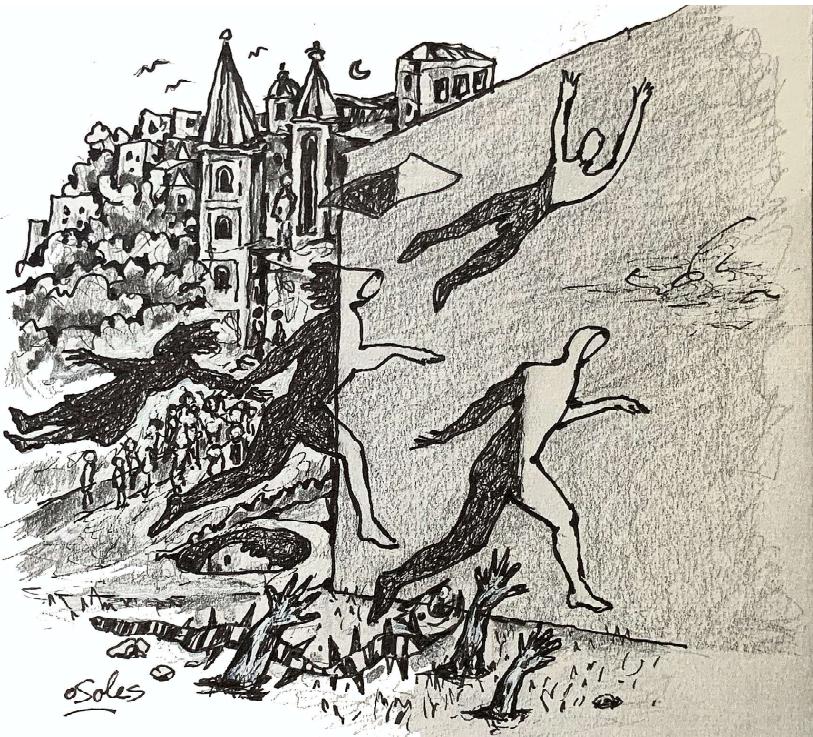
Hay de todo y para todos. Esperamos que disfruten de esta brevísima como injusta selección de cuentos de la cripta y más allá.



EL MURO

Alfredo Cardona Peña

(Costa Rica, 1917-1995)



Del cuarto, situado al extremo de un largo pasadizo, salían voces quedas, susurrantes, que el silencio alargaba.

— Debemos llevamos a la señora Ana — murmuró alguien.

— Olvídate de ella — contestaron —. Últimamente la he ido observando y su conducta me parece muy extraña.

— Pero es tan paciente, tan abnegada...

— No insistas. Debemos irnos los dos solos.

Se escuchó un gemido, que rodó por los corredores repartiéndose en ecos menudos.

— ¡Calla! ¡Calla!

Los gemidos continuaban, y entonces...

— Has ganado. Pero verás cómo nos traerá complicaciones.

— ¡Gracias! Ya me siento mejor.

— Debemos comunicárselo ahora mismo, y salir inmediatamente.

La puerta, se abrió, subieron por una escalera, y se detuvieron frente a un cuarto.

— Señora Ana...

— ¿Eh? ¿Son ustedes?

— Sí.

— Esperen...

La interpelada encendió una vela, fue a abrir y los miró.

— ¿Qué sucede?

— Se ha vendido la casa. Dentro de pocas horas vendrá el nuevo propietario, y debemos marcharnos.

La señora Ana puso tamaña cara de asombro.

— ¿Marcharnos?

— Después de tantos años de vivir a su lado, nos parece injusto abandonarla.

— Se lo agradezco, pero... no puedo.

Yo...

— ¡Síganos!

La luz de la vela chisporroteó por el aliento del que emitió la orden, y la anciana (porque la habían despertado, pasaba de los ochenta) comprendió que era peligroso e inútil negarse, y los siguió, moviendo la cabeza, iluminándose con la vela que temblaba en su mano. Atravesaron en silencio varios corredores.

— Señores, yo les suplico que me dejen en paz. En cinco años no les he

causado molestia alguna, les he servido bien, y...

— Por eso mismo, señora Ana; por eso mismo. ¿Qué será de usted en esta casa, sola, con gente extraña que no la comprenderá?

Al llegar al final de un pasillo se dirigieron a la izquierda, donde comenzaba una escalera de caracol, y la viejecita tuvo miedo.

— ¡El muro! — pensó —. ¿Y ahora qué hago?

Entonces, fingiendo recordar algo, les dijo: — ¡Vaya, vaya! Me olvidé de informarles que no podemos salir. La puerta de entrada no se abre, pues di al cerrajero la llave para que la arreglase. Me prometió que regresaría a las siete de la mañana con una nueva y como no la necesitaba antes, pues...

— ¿Qué está diciendo? ¡Déjese de tonterías!

Estaban ya en el sótano, frente a un grueso muro de piedras lamido por el tiempo.

— ¡Vamos! ¡Pronto! ¡Ya está amaneciendo!

Avanzaron, pero ella se detuvo. Sintió que la traspasaban con sus miradas brillantes.

— ¿Qué hace ahí como una estatua? ¡Síganos!

Fue entonces cuando se armó de valor.

— Señores — les dijo solemnemente — yo no puedo franquear ese muro, porque... ¡No estoy muerta!

Se escuchó un alarido terrible, que repercutió por el vasto caserón, y en seguida dos figuras altas y blancas atravesaron como un hálito el grueso muro de piedra. La viejecita inició el regreso a su cuarto, murmurando con voz desdentada:

— Siempre temí decírselo, siempre. Pero esta situación no podía continuar indefinidamente. Fue buena la idea de escribir una carta agradeciéndoles el cambio de dueño. Pobrecitos. Que Dios tenga piedad de sus almas.

NICARAGUA

LA LARVA

Rubén Darío

(Nicaragua, 1867-1916)



Como se hablase de Benvenuto Cellini y alguien sonriera de la afirmación que hace el gran artífice en su Vida, de haber visto una vez una salamandra, Isaac Codomano dijo:

—No sonriáis. Yo os juro que he visto, como os estoy viendo a vosotros, si no una salamandra, una larva o una ampusa¹. Os contaré el caso en pocas palabras. Yo nací en un país en donde, como en casi toda América, se practicaba la hechicería y los brujos se comunicaban con lo invisible. Lo misterioso autóctono no desapareció con la llegada de los conquistadores. Antes bien, en la colonia aumentó, con el catolicismo, el uso de evocar las fuerzas extrañas, el demonismo, el mal de ojo. En la ciudad en que pasé mis primeros años se hablaba, lo recuerdo bien, como de cosa usual, de apariciones diabólicas, de fantasmas y de duendes. En una familia pobre, que habitaba en la vecindad de mi casa, ocurrió, por ejemplo, que el espectro de un coronel peninsular se apareció a un joven y le reveló un tesoro enterrado en el patio. El joven murió de la visita extraordinaria, pero la familia quedó rica, como lo son hoy mismo los descendientes. Apareció un obispo a otro obispo, para indicarle un lugar en que se encontraba un documento perdido en los archivos de la catedral. El diablo se llevó a una mujer por una ventana, en cierta casa que tengo bien presente. Mi abuela me aseguró la existencia nocturna y pavorosa de un fraile sin cabeza y de una mano peluda y enorme que se aparecía sola, como una infernal araña. Todo eso lo aprendí de oídas, de niño. Pero lo que yo vi, lo que yo palpé, fue a los quince años; lo que yo vi y palpé del mundo de las sombras y de los arcanos temibles. En aquella ciudad, se-

mejante a ciertas ciudades españolas de provincias, cerraban todos los vecinos las puertas a las ocho, y a más tardar, a las nueve de la noche. Las calles quedaban solitarias y silenciosas. No se oía más ruido que el de las lechuzas anidadas en los aleros, o el ladrido de los perros en la lejanía de los alrededores. Quien saliese en busca de un médico, de un sacerdote, o para otra urgencia nocturna, tenía que ir por las calles mal empedradas y llenas de baches, alumbrado a penas por los faroles a petróleo que daban su luz escasa colocados en sendos postes. Algunas veces se oían ecos de músicas o de cantos. Eran las serenatas a la manera española, las arias y romanizas que decían, acompañadas por la guitarra, ternezas románticas del novio a la novia.

Esto variaba desde la guitarra sola y el novio cantor, de pocos posibles, hasta el cuarteto, septuor, y aun orquesta completa y un piano, que tal o cual señorote adinerado hacía soñar bajo las ventanas de la dama de sus deseos. Yo tenía quince años, una ansia grande de vida y de mundo. Y una de las cosas que más ambicionaba era poder salir a la calle, e ir con la gente de una de esas serenatas. Pero ¿cómo hacerlo? La tía abuela que me cuidó desde mi niñez, una vez rezado el rosario, tenía cuidado de recorrer toda la casa, cerrar bien todas las puertas, llevarse las llaves y dejarme bien acostado bajo el pabellón de mi cama. Mas un día supe que por la noche había una serenata. Más aún: uno de mis amigos, tan joven como yo, asistiría a la fiesta, cuyos encantos me pintaba con las más tentadoras palabras. Todas las horas que precedieron a la noche las pasé inquieto, no sin pensar y preparar mi plan de evasión. Así, cuando se fueron las visitas de mi tía abuela —entre ellas un cura y dos licenciados— que llegaban a conversar de política o a jugar el tute o al tresillo, y una vez rezada las oraciones y todo el mundo acostado, no pensé sino en poner en práctica mi proyecto de robar una llave a la venerable señora. Pasadas como tres horas, ello me costó poco pues sabía en dónde dejaba las llaves, y además, dormía como un bienaventurado.

Dueño de la que buscaba, y sabiendo a qué puerta correspondía, logré salir a la calle, en momentos en que, a lo lejos, comenzaban a oírse los acordes de violines, flautas y violoncelos. Me consideré un hombre. Guiado por la melodía, llegué pronto al punto donde se daba la serenata. Mientras los músicos



¹ Empusa. criatura fantástica del folclore griego antiguo.

HONDURAS

LA MEJOR LIMOSNA

Froylán Turcios

(Honduras, 1872-1943)

tocaban, los concurrentes tomaban cerveza y licores. Luego, un sastre, que hacía de tenorio, entonó primero *A la luz de la pálida luna*, y luego *Recuerdas cuando la aurora...* Entró en tantos detalles para que veáis cómo se me ha quedado fijo en la memoria cuanto ocurrió esa noche para mí extraordinaria. De las ventanas de aquella Dulcinea, se resolvió ir a las de otras. Pasamos por la plaza de la Catedral. Y entonces... He dicho que tenía quince años, era en el trópico, en mí despertaban imperiosas todas las ansias de la adolescencia... Y en la prisión de mi casa, donde no salía sino para ir al colegio, y con aquella vigilancia, y con aquellas costumbres primitivas... Ignoraba, pues, todos los misterios. Así, ¡cuál no sería mi gozo cuando, al pasar por la plaza de la Catedral, tras la serenata, vi, sentada en una acera, arropada en su rebozo, como entregada al sueño, a una mujer! Me detuve. ¡Joven? ¡Vieja? ¡Mendiga? ¡Loca? ¡Qué me importaba! Yo iba en busca de la soñada revelación, de la aventura anhelada. Los de la serenata se alejaban. La claridad de los faroles de la plaza llegaba escasamente. Me acerqué. Hablé; no diré que con palabras dulces, mas con palabras ardientes y urgidas. Como no obtuviese respuesta, me incliné y toqué la espalda de aquella mujer que ni quería contestarme y hacía lo posible por que no viese su rostro. Fui insinuante y altivo. Y cuando ya creía lograda la victoria, aquella figura se volvió hacia mí, descubrió su cara, y ¡oh espanto de los espantos! aquella cara estaba viscosa y deshecha; un ojo colgaba sobre la mejilla huesona y saniosa; llegó a mí como un relente de putrefacción. De la boca horrible salió como una risa ronca; y luego aquella «cosa», haciendo la más macabra de las muecas, produjo un ruido que se podría indicar así:

—¡Kggggggg!...

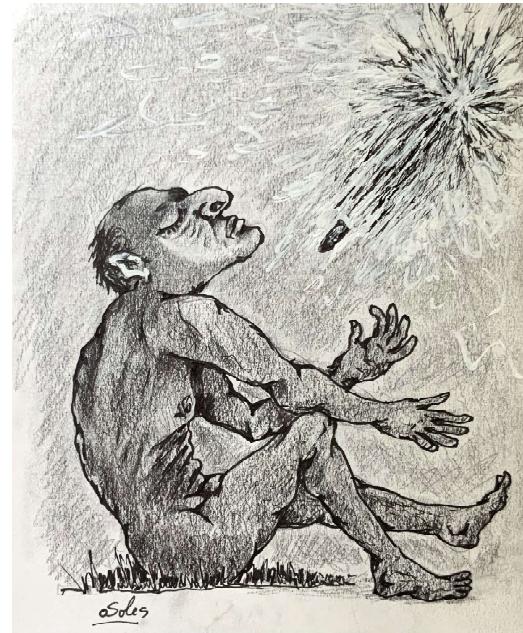
Con el cabello erizado, di un gran salto, lancé un gran grito. Llamé. Cuando llegaron algunos de la serenata, la «cosa» había desaparecido. Os doy mi palabra de honor, concluyó Isaac Codomano, que lo que os he contado es completamente cierto.

Horrible espanto produjo en la región el mísero leproso. Apareció súbitamente, calcinado y carcomido, envuelto en sus harapos húmedos de sangre, con su ácido olor a podredumbre.

Rechazado a latigazos de las aldeas y viviendas campesinas; perseguido brutalmente como perro hidrófobo por jaurías de crueles muchachos, arrastrábase moribundo de hambre y de sed, bajo los soles de fuego, sobre los ardientes arenales, con los podridos pies llenos de gusanos. Así anduvo meses y meses, vil carroña humana, hartándose de estiércoles y abrevando en los fangales de los cerdos; cada día más horrible, más execrable, más ignominioso.

El siniestro manco Mena, recién salido de la cárcel donde purgó su vigésimo asesinato, constituía otro motivo de terror en la comarca, azotada de pronto por furiosos temporales. Llovía sin cesar a torrentes; frenéticos huracanes barrián los platanares y las olas atlánticas reventaban sobre la playa con frenéticos estruendos.

En una de aquellas pavorosas noches el temible criminal leía en su cuarto, a la luz de la lámpara, un viejo libro de trágico



cas aventuras, cuando sonaron en su puerta tres violentos golpes.

De un puntapié zafó la gruesa tranca, aparciendo en el umbral con el pesado revólver a la diestra. En la faja de claridad que se alargó hacia afuera vio al leproso destilando cieno, con los ojos como escuas en las cuencas áridas, el mentón en carne viva, las manos implorantes.

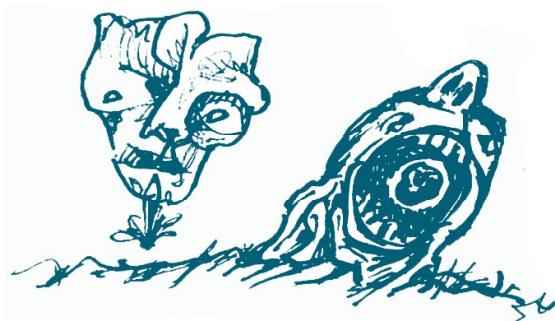
—¡Una limosna! —gritó— ¡Tengo hambre! ¡Me muero de hambre!

Sobrehumana piedad asaltó el corazón del bandolero.

—¡Tengo hambre! ¡Me muero de hambre!

El manco lo tendió muerto de un tiro, exclamando:

—Esta es la mejor limosna que puedo darte.



EL SALVADOR



EL MONSTRUO DE LA NOCHE

José Jorge Laínez

(El Salvador, 1913-1962)



El terror se había enseñoreado sobre el suburbio de aquella plácida ciudad. Al descender la noche, la angustia se arremolinaba en el tic-tac de los relojes y los ojos se prendían en las manecillas, en un deseo sobrehumano de detener el tiempo, para que no marcaran la mitad de la noche.

Rumor de alas siniestras abanicaba la última hora del día y el estrépito de los cristales hechos añicos en las ventanas, prendía un torbellino de zozobra en la calma de los hogares indefensos.

Ni la decisión de los hombres, ni el conjuro de las oraciones, habían logrado detener aquella avalancha de exterminio que penetraba a través de los patios y llegaba hasta los lechos, dejando cada noche una víctima estrangulada y sin sangre, como huella macabra del paso de la bestia diabólica.

Nadie sabía qué clase de ser infernal echaba a volar bajo la noche, buscando el alimento de la sangre para saciar su apetito, pero algunos noctámbulos habían visto recortarse bajo las estrellas la sombra de un ente alado y monstruoso, que en espirales de pavor, circuía de amenazas la angustia de los moradores del arrabal.

Trampas ingeniosas y armas certeñas habían fallado en el intento de capturar a aquella ave maligna que se había adueñado de la vida del barrio, y los habitantes aterrorizados, comenzaban ya el éxodo hacia el corazón de la urbe estupefacta.

Sólo el viejecito jorobado que habitaba bajo la techumbre de una casa en ruinas había dado muestras de valor, negándose a abandonar su inseguro refugio. Su joroba ambulaba por las calles del suburbio y al anochecer, iba dando tumbos como un barco sin ti-

món, en un inconcebible reto al miedo y al peligro. Nadie pudo hacerle huir hacia la liberación y cuando amaneció, después de la incursión del monstruo, los vecinos espiaban la casa derruida, temiendo siempre encontrar exánime su cuerpo contrahecho.

Armados de firmeza, un grupo de hombres decidió cazar una noche a la bestia sanguinaria. En diferentes puntos se situaron vigías y con potentes reflectores, se dispusieron a seguir la trayectoria del vuelo.

A la media noche, el batir de las alas anunció la muerte. Circunvoló el suburbio la oscura alimaña buscando su presa, pero los rayos de luz le hicieron retroceder, hasta buscar refugio entre las

ruinas que habitaba el jorobado.

En firme resolución de arrancar al pobre lisiado de las garras siniestras, los hombres saltaron sobre los muros derruidos y llenaron de luz las telarañas.

Y él estaba allí, ileso, meciendo su joroba y con los ojillos brillantes, interrogando con voz trémula. Uno de los hombres posó su mano sobre la jiba del viejo, para empujarlo hacia afuera, y bajo sus dedos sintió el palpitar de algo extraño que se convulsionaba bajo la ropa en un espasmo nervioso.

Rasgó el hombre el ropaje y ante los ojos incrédulos de todos, dos enormes alas se agitaron en el último intento de escalar la noche, antes de que las armas apuñalaran la infernal joroba.

GUATEMALA

LA LEYENDA DEL GADEJO

Miguel Ángel Asturias

(Guatemala, 1899-1974)

Madre Elvira de San Francisco, prelada del monasterio de Santa Catalina, sería con el tiempo la novicia que recortaba las hostias en el convento de la Concepción, doncella de loada hermosura y habla tan candorosa que la palabra parecía en sus labios flor de suavidad y de cariño.

Desde una ventana amplia y sin cristales miraba la novicia volar las hojas secas por el abrigo del verano, vestirse los árboles de flores y caer las frutas maduras en las huertas vecinas al convento, por la parte derruida, donde los follajes, ocultando las paredes heridas y los abiertos techos, transformaban las celdas y los claustros en paraísos olorosos a búcaro y a rosal silvestre; enramadas de fiesta, al decir de los cronistas, donde a las monjas sustituían las palomas de patas de color de rosa, y a sus cánticos los trinos del cenzontle cimarrón.

Fuera de su ventana, en los hundidos aposentos, se unía la penumbra calientita, en la que las mariposas asedaban el polvo de sus alas, al silencio del patio turbado por el ir y venir de las lagartijas y al blando perfume de las hojas que multiplicaban el cariño de los troncos enraizados en las vetustas paredes.

Y dentro, en la dulce compañía de Dios, quitando la corteza a la fruta de los Ángeles para descubrir la pulpa y la semilla que es el Cuerpo de Cristo, largo como la médula de la naranja —¡vere tu es Deus absconditus!—, Elvira de San Francisco unía su espíritu y su carne a la casa de su infancia, de pesadas aldabas y levísimas rosas, de puertas que partían sollozantes en el hilván del viento, de muros reflejados en el agua de

las pilas a manera de huelgo en vidrio limpio.

Las voces de la ciudad turbaban la paz de su ventana, melancolía de viajera que oye moverse el puerto antes de levar anclas; la risa de un hombre al concluir la carrera de un caballo o el rodar de un carro, o el llorar de un niño.

Por sus ojos pasaban el caballo, el carro, el hombre, el niño, evocados en paisajes aldeanos, bajo cielos que con su semblante plácido hechizaban la sabia mirada de las pilas sentadas al redor del agua con el aire sufrido de las sientas viejas.

Y el olor acompañaba a las imágenes. El cielo olía a cielo, el niño a niño, el campo a campo, el carro a heno, el caballo a rosal viejo, el hombre a santo, las pilas a sombras, las sombras a reposo dominical y el reposo del Señor a ropa limpia...

Oscurecía. Las sombras borrraban su pensamiento, relación luminosa de partículas de polvo que nadan en un rayo de sol. Las campanas acercaban a la copa vespbral los labios sin murmullo. ¿Quién habla de besos? El viento sacudía los heliotropos. ¿Heliotropos o hipocampos? Y en los chorros de flores mitigaban su deseo

de Dios los colibríes. ¿Quién habla de besos? ...

Un taconeo presuroso la sobrecogió. Los flecos del eco tamborileaban en el corredor...

¿Habría oído mal? ¿No sería el señor pestañudo que pasaba los viernes a última hora por las hostias para llevarlas a nueve lugares de allí, al Valle de la Virgen, donde en una colina alzábbase dichosa ermita?

Le llamaban el hombre-adormidera. El viento andaba por sus pies. Como fantasma se iba apareciendo al cesar sus pasos de cabrito: el sombrero en la mano, los botines pequeñines, algo así como dorados, envuelto en un gabán azul, y esperaba los hostarios en el umbral de la puerta.

Si que era; pero esta vez venía alarmadísimo y a las volandas, como a evitar una catástrofe.

—Niña, niña! —entró dando voces—, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza, le cortarán la trenza! ...

Lívida y elástica, la novicia se puso en pie para ganar la puerta al verle entrar; más calzada de caridad con los zapatos que en vida usaba una monja paralítica, al oír

le gritar sintió que le ponía los pies la mano que pasó la vida inmóvil, y no pudo dar paso...

...Un sollozo,

como estrella, la titilaba en la garganta.

Los pájaros tijereteaban el crepúsculo entre las ruinas pardas e impedidas. Dos eucaliptos gigantes rezaban salmos penitenciales.



Atada a los pies de un cadáver, sin poder moverse, lloró desconsoladamente, tragándose las lágrimas en silencio como los enfermos a quienes se les secan y enfrían los órganos por partes. Se sentía muerta, se sentía aterrada, sentía que en su tumba —el vestido de huérfana que ella llenaba de tierra con su ser— florecían rosales de palabras blancas, y poco a poco su congoja se hizo alegría de sosegado acento... Las monjas —rosales ambulantes— cortaban las rosas unas a otras para adornar los altares de la Virgen, y de las rosas brotaba el mes de mayo, telaraña de aromas en la que Nuestra Señora caía prisionera temblando como una mosca de luz.

Pero el sentimiento de su cuerpo florecido después de la muerte fue dicha pasajera.

Como a una cometa que de pronto le falta hilo entre las nubes, la hizo caer de cabeza, con todo y trapos al infierno, el peso de su trenza. En su trenza estaba el misterio. Suma de instantes angustiosos. Perdió el sentido en sus suspiros y hasta cerca del hervidero donde burbujearan los diablos tornó a sentirse en la tierra. Un abanico de realidades posibles se abría en torno suyo: la noche con azúcares de hojaldre, los pinos olorosos a altar, el polen de la vida en el pelo del aire, gato sin forma ni color que araña las aguas de las pilas y desasosegía los papeles viejos.

La ventana y ella se llenaban de cielo...

—¡Niña, Dios sabe a sus manos cuando comulgo! —murmuró el del gabán, alargando sobre las brasas de sus ojos la parrilla de sus pestañas.

La novicia retiró las manos de las hostias al oír la blasfemia ¡No, no era un sueño! Luego palpose los brazos, los hombros, el cuello, la cara, la trenza... Detuvo la respiración un momento, largo como un siglo al sentirse trenza. ¡No, no era un sueño, bajo el manojo tibio de su pelo revivía dándose cuenta de sus adornos de mujer, acompañada en sus bodas diabólicas del hombre-adormidera y de una candela encendida en el extremo de la habitación, oblonga como ataúd! ¡La luz sostenía la imposible realidad del enamorado, que alargaba los brazos como un Cristo que en un viático se hubiese vuelto murciélagos,



y era su propia carne! Cerró los ojos para huir, envuelta en su ceguera, de aquella visión de infierno, del hombre que con sólo ser hombre la acariciaba hasta donde ella era mujer —¡La más abominable de las concupiscencias!—; pero todo fue bajar sus redondos párpados pálidos como levantarse de sus zapatos, empapada en llanto, la monja paralítica, y más corriendo los abrió... Rasgó la sombra, abrió los ojos, salió de sus adentros hondos con las pupilas sin quietud, como ratones en la trampa, caótica, sorda, desemblantadas las mejillas —alfileres de lágrimas—, sacudiéndose entre el estertor de una agonía ajena que llevaba en los pies y el chorro de carbón vivo de su trenza retorcida en invisible llama que llevaba a la espalda...

Y no supo más de ella. Entre un cadáver y un hombre, con su sollozo de embrujada indesatable en la lengua, que sentía ponzoñosa, como su corazón, medio loca, regando las hostias, arrebatóse en busca de sus tijeras, y al encontrarlas se cortó la trenza y, libre

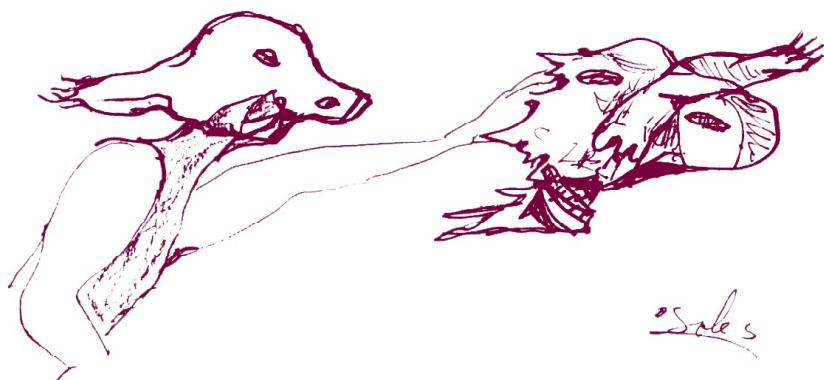
de su hechizo, huyó en busca del refugio seguro de la madre superiora, sin sentir más sobre sus pies los de la monja...

Pero, al caer su trenza, ya no era trenza: se movía, ondulaba sobre el colchoncito de las hostias regadas en el piso.

El hombre-adormidera buscó hacia la luz. En las pestañas temblaban las lágrimas como las últimas llamitas en el carbón de la cerilla que se apaga. Resbalaba por el haz del muro con el resuello sepultado, sin mover las sombras, sin hacer ruido, anhelando llegar a la llama que creía su salvación. Pronto su paso mesurado se deshizo en fuga espantosa. El reptil sin cabeza dejaba la hojarasca sagrada de las hostias y enfilaba hacia él. Reptó bajo sus pies como la sangre negra de un animal muerto, y de pronto, cuando iba a tomar la luz, saltó con cascabeles de agua que fluye libre y ligera a enroscarse como látigo en la candela, que hizo llorar hasta consumirse, por el alma del que con ella se apagaba para siempre. Y así llegó a la eternidad el hombre-adormidera, por quien lloran los cactus lágrimas blancas todavía.

El demonio había pasado como un soplo por la trenza que, al extinguirse la llama de la vela, cayó en piso inerte.

Y a la medianoche, convertido en un animal largo —dos veces un carnero por luna llena, del tamaño de un sauce llorón por la luna nueva—, con cascós de cabro, orejas de conejo y cara de murciélagos, el hombre-adormidera arrastró al infierno la trenza negra de la novicia que con el tiempo sería madre Elvira de San Francisco —así nace el cadejo—, mientras ella soñaba entre sonrisas de ángeles, arrodillada en su celda, con la azucena y el cordero mítico.



•Sole•

PANAMÁ

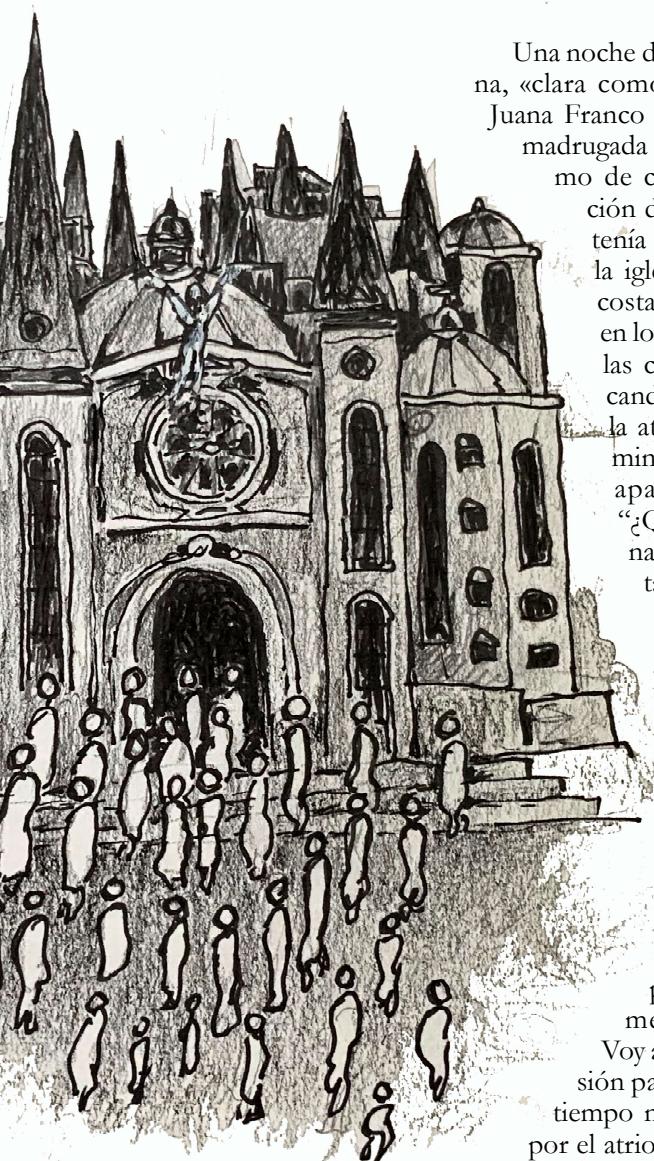
LA MISA DE LAS ÁNIMAS

Sergio González Ruiz

(Panamá, 1902-1966)

En la Villa de Los Santos ha habido todo el tiempo gente madrugadora, sobre todo mujeres; unas, las religiosas, que para oír la misa primera, se levantan muy temprano y otras, las trabajadoras, que madrugaran para comenzar, "con la fresca", a hacer pan o "carimañas" o, en otros tiempos, a moler maíz para tortillas. Muchas de estas mujeres, en tiempos pasados, tenían la costumbre de ir a bañarse en el río, (tan bello y de agua tan tibia y agradable en el verano, que de veras "convida" a hundirse en sus ondas) antes de que llegara la luz del alba y con ella las miradas indiscretas de los hombres.

Juana Franco era una de esas mujeres del pueblo, pobre y trabajadora, que se ganaba la vida haciendo tortillas. Vivía en el llano del Panteón que hoy se llama barrio de San Mateo. Acostumbraba ella madrugar mucho, ir a bañarse al río y traer, de regreso, un cántaro de agua en la cabeza (sobre un "rodillo" de trapo como aún lo hacen algunas campesinas santeñas) para mojar el maíz a medida que lo molía en la piedra y para otros menesteres caseros. Ella siempre trataba de acabar temprano pero siempre "la cogía" la mañana, afanada en sus que-



haceres y casi nunca iba a misa por falta de tiempo. Alma sencilla, no dejaba nunca de reprocharse su falta de cumplimiento con la iglesia y todos los días se repetía lo mismo: «un día de estos voy a levantarme más temprano para terminar pronto y alcanzar aunque sea la última misa». Pero pasaba el tiempo y nunca podía cumplir su propósito.

Una noche de enero, blanca de luna, «clara como el día», se levantó Juana Franco creyendo que era de madrugada y salió de su casa como de costumbre, en dirección del río. En su camino tenía que pasar al lado de la iglesia y al enfrentar al costado de ésta oyó arriba, en lo alto de la torre, sonar las campanas, como «tocando a misa» y le llamó la atención una gran iluminación que de pronto apareció en la Iglesia. «¿Qué pasará, pensó Juana Franco?»; «¿Será ya tan tarde que va a empezar la misa?» Miró por la puerta lateral de la iglesia que estaba de par en par abierta y vio que había mucha gente adentro. Puso su cántaro en el suelo, recostado a una palma real de las que allí hay, mientras pensaba: «efectivamente están en misa.

Voy a aprovechar esta ocasión para ir a misa, que hace tiempo no lo hago». Caminó por el atrio hacia la torre, dobló la esquina del atrio y entró por la puerta del perdón. Después de santiugarse y de arrodillarse un momento, clavando en tierra una rodilla; se dirigió a una pila de agua bendita, «tomó» el agua con la punta de los dedos, se hizo las cruces rituales en la frente, en el pecho y en los labios y siguió adelante, desviándose por una nave lateral para ir a hincarse en un viejo reclinatorio que tenía allí su familia desde tiempo inmemorial. Arrodillada ya y mirando hacia el altar, notó

que el padre que oficiaba era nuevo y lo mismo el «monacillo». Luego se fijó en la enorme profusión de luces procedente de velas de cera, blancas como perlas, y adornadas de cintas muy blancas, que había ante el altar y la gran cantidad de muchachas vestidas de blanco impecable que se arrodillaban allá, cerca de la Sacristía.

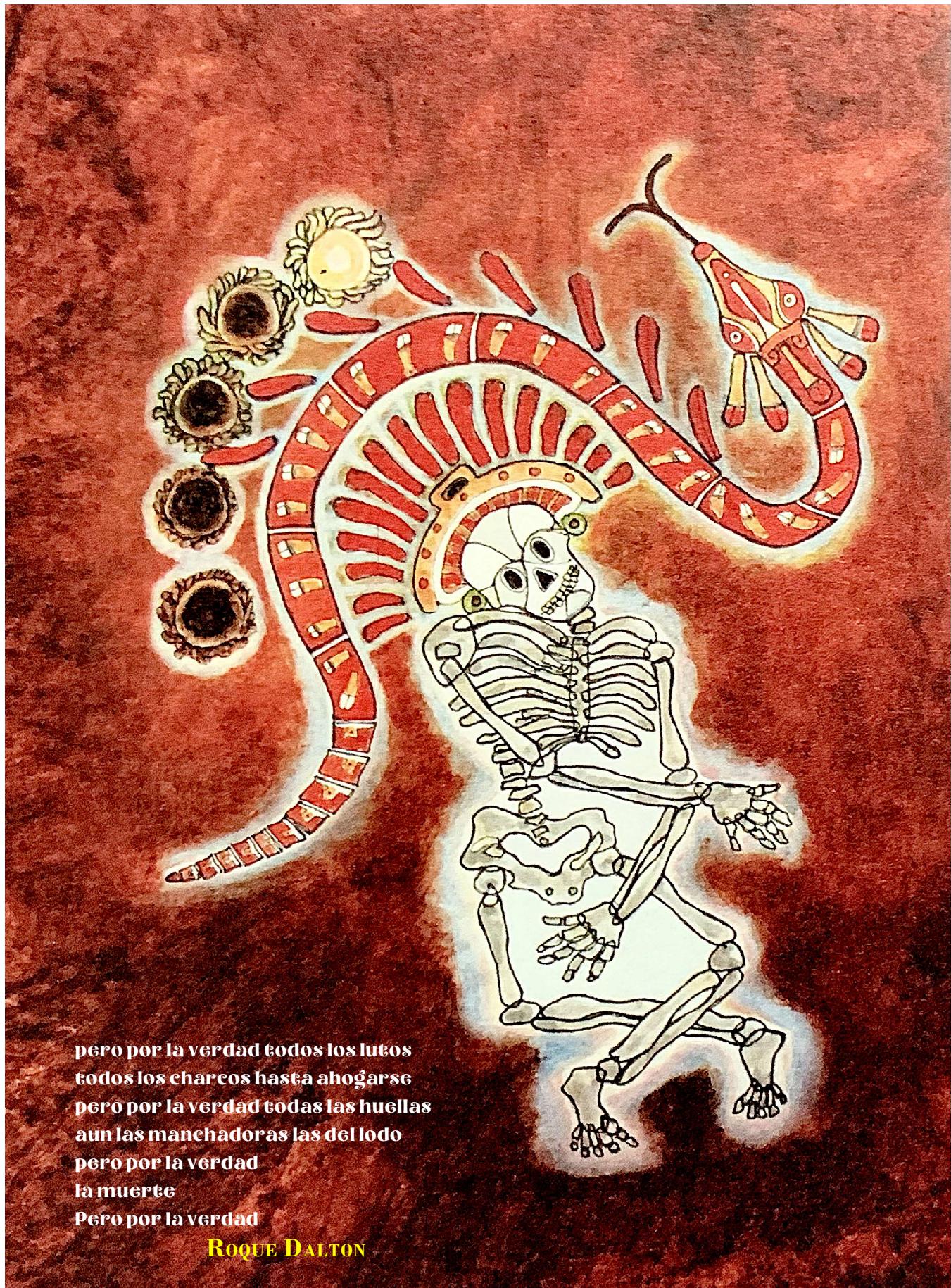
«Habrá algún matrimonio», pensó Juana Franco. «Pero no se ven los novios». Miró con más cuidado en todas direcciones. La iglesia estaba completamente llena de gente, todos vestidos de blanco, algunos con túnicas del mismo color y portando todos en la mano izquierda un cirio prendido.

Se ofían los rezos como un murmullo y se sentía una mezcla de olores de barniz, de heliotropos y de jazmínes. De pronto rompieron a cantar en el coro unas veinte o más jóvenes de semblante angelical y de vestiduras vaporosas y níveas, acompañadas por las notas quejumbrosas y solemnes del órgano. Sus voces melodiosas parecían lejanas, como un sueño, la música, dulce y sublime, era una rara música nunca antes oída por ella. Juana Franco se estremeció de emoción y de espanto a un tiempo mismo.

Miró luego con mirada curiosa, examinadora, casi ansiosa, a las personas más cercanas. Vió rostros desconocidos pero también empezó a identificar a algunas personas: ahí estaba Juanita Castillo, más allá Juan Facundo Espino y Miguel Saucedo y Dominga Correa, todos difuntos.

Juana Franco temblaba como el azogue; estaba azorada, muerta de frío y de miedo; quiso gritar y no pudo; pero en ese instante una señora se le acercó sonriendo, la tomó del brazo y amablemente le dijo: «Venga, comadre, salga de aquí, que esta misa no es para los de la tierra». La miró bien, Juana Franco, y vio que era su comadre Micaela Moreno, amiga de infancia, muerta hacía muchos años, cuando las dos eran todavía mozas. Juana se dejó guiar dócilmente y en un momento estuvo fuera de la iglesia y sólo vio ahora sombras; las puertas cerradas, ni una luz, ni una voz, completo silencio. Llena de un miedo espantoso Juana Franco «salió en una sola carrera» hasta llegar a su casa. Se sentía con fiebre. Se fue derecho a la cama, pero antes prendió luz y miró el reloj: eran las 12 de la noche. Había estado en la misa de las ánimas.





pero por la verdad todos los lutos
todos los charcos hasta ahogarse
pero por la verdad todas las huellas
aun las manchadoras las del lodo
pero por la verdad
la muerte
Pero por la verdad

ROQUE DALTON